

# EL RETABLO DE NO

(diez mil palabras)

Luis Rodríguez



TROPO EDITORES

## Nota preliminar

Estimado lector:

¿Te has preguntado alguna vez cómo es el proceso de creación literaria? ¿Qué le lleva a un autor a dar por definitiva su obra? De Luis Rodríguez se ha dicho algunas veces que sus libros son demasiado concisos y breves. Sin embargo, él afirma que de no poder publicar, la reescritura de sus novelas podría durar eternamente.

Con esta obra, su cuarta publicada, el autor nos ofrece la posibilidad de acceder a la penúltima reescritura de esta novela y a la definitiva, pudiendo ser leída entonces de dos maneras (y por tanto como mínimo de tres).

No obstante, el autor no desea orientarte sobre el orden de lectura que deberías seguir. En tu mano está leerlas ambas, tal vez sólo una. La más extensa contiene a la más breve, pero el final de ambas se contradice. La interpretación de cada versión es tuya, pues al final, ¿qué es la literatura sino un juego de interpretaciones múltiples?

En el año 25, no en 1925, no; en el año 25 el abuelo de José Ángel dijo que había visto el ave fénix. La noticia llegó a oídos del procónsul quien sabedor de la obsesión del emperador Tiberio por el pájaro, mandó llamar al abuelo y lo tuvo alojado muy cerca de lo que hoy es Santiponce por si algún día se acercaba el emperador, simplemente para amenizar la sobremesa con su relato, para impresionarlo. El abuelo vivió así con varios procónsules, doce años, hasta que murió Tiberio; mantenido, sin otra obligación que la de aguardar callado.

José Ángel cuenta esta historia que le contó su abuelo. No miente... Es mentira que el abuelo viera el pájaro, y todo (nació en 1867). El abuelo le contó a José Ángel una mentira. Pero si este la creyó, y la cree, no miente al repetirla. Mentir es decir lo contrario de lo que se sabe, se cree o se piensa. José Ángel no miente. La vida de José Ángel no es mentira. José Ángel aceptó dirigir *Hamlet* porque no le gusta Shakespeare.

Gertrudis, Claudio, Hamlet y Polonio están en la cafetería Roissy, un local pequeño y acogedor a tres portales del teatro.

Vienen aquí tras los ensayos; se sientan en la mesa del fondo, discreta, aunque incómoda debido al techo abuhardillado.

—Ayer fui al hospital a ver a Lucio.

—¿Cómo está? ¿Mejora?

—No. Allí sigue...

—¿Qué ocurre? ¿Está peor?

—No, no, qué va. Como os lo digo. Cuando llegué, la cama del vecino estaba vacía. Se ve que le habían dado el alta hacía bien poco. Aparecieron dos limpiadoras. Fregaron el colchón, la mesita y hasta la silla, e hicieron la cama. Qué eficiencia. En algún momento debió de entrar alguien que colgó en el cabezal de la cama esa cartulina que ponen con el nombre del enfermo, aunque, la verdad, no me di cuenta. Entre las bromas de Lucio, que ya sabéis cómo es el jodido, que ni enfermo, y lo entretenido de mirar la coreografía de las limpiadoras; ni enterarme. Al marcharse dejaron la cortina de la cama vecina corrida. Lucio dijo que le daba igual, pero a mí me pareció que achicaba la habitación, así que me levanté a descubrirla. Entonces vi el cartel: Claudio Ruiz Bárcena. Habitación 512-1... ¿Qué os parece?

—¿Qué nos parece qué?

—¡Coño, que Claudio Ruiz Bárcena soy yo!

—¡No jodas!

—Sí.

—¿Qué me estás contando?

—Me eché a reír. Lo primero que me vino a la mente fue que era una broma de Lucio conchabado con las limpiadoras, pero este me preguntó qué pasaba, de qué me reía. Sin dejar de reír, le mostré el cartel. ¿Qué?, decía. ¿Qué? Claro, no entendía nada porque no sabía mis apellidos; como vosotros. Vamos, que no era una broma.

—¡No fastidies!

—Salí al pasillo, fui al mostrador y le pregunté a la enfermera. Efectivamente, Claudio Ruiz Bárcena, habitación 512. La verdad es que me puse un poco nervioso. Se acercaron dos enfermeras. Sí, de Urgencias han pedido un ingreso para Claudio Ruiz Bárcena. ¿Es usted? Pues tiene la 512 pasillo. ¿Cuál es el problema?, preguntaron al ver mi gesto. Pues que yo soy Claudio Ruiz Bárcena y he venido a visitar a mi amigo Lucio, como ayer, y como anteayer, precisamente a la habitación 512. Y ni estoy enfermo ni mucho menos he pasado por Urgencias. Míreme, le decía, ¡estoy bien!

—Y ¿qué hiciste?

—Bajé a Urgencias. Sí..., Claudio Ruiz Bárcena, usted es actor, ¿no? Hummm..., valores en sangre..., hummm... reacción... Sí..., asintió. Ingreso, efectivamente. Buscaron al médico que lo había firmado. Se había producido un cambio de turno; no estaba, ni él ni los auxiliares. Nadie de quienes estaban allí me recordaba, claro. Regresé a la habitación. No debí de estar ni media hora. Una eternidad. Lucio y yo, en silencio absoluto; por mí, porque él al principio me hablaba, se esforzaba por encontrar una explicación, pero terminó callando. Horrible, horrible, de verdad. Cuando alguien abría la puerta... No lo pude resistir y me fui.

—Vaya.

—Y ¿seguro que no fue una broma de Lucio?

—No.

Llegan Laertes y Horacio. Se sientan.

—¿De qué habláis?

—Se lo cuentan.

—Eso es cosa de Lucio, seguro. ¿Que no sabéis cómo es?

—Ya.

—Polonio dice que hoy Hamlet le ha hecho un poco de daño al clavarle la espada, hay que revisar el muelle. Laertes

no lo oye, está distraído pensando en que un actor se mete en un personaje. Se viste, le da sus gestos; el personaje habla a través de él. Lo del hospital es otra cosa. Claudio es Claudio, y en la cama del hospital hay un vacío que se constituirá en Claudio Ruiz Bárcena. No tiene palabras, no sabe dónde colgar los gestos, ni la caracterización. No habiendo nada, no hay libertad, por el cartel; el cartel asfixia. Ignora la sustancia del contenido, si buscará parecerse a sí mismo.

—Gertrudis dice que antes, a menudo, le entraban ganas de acostarse, a las siete o las ocho de la tarde.

—Una actriz, en la cama a las siete de la tarde. Cuesta creerlo. Pues sí, me entraban ganas de acostarme y taparme por completo. Esconderme del mundo, envolverme en oscuridad, desaparecer. Y llorar. Mi cuerpo, dejado, se ponía a llorar. Ya no. Miro atrás y no me reconozco. ¿Llorar? ¿Acostarme de día? ¿Taparme toda? Qué lejos estoy de aquello. Sin embargo, lo que ahora me parece vigor y coraje vital despierta en mí un temor casi animal; no tengo, no sé explicarlo. Es la sospecha de que aquel llanto era sólo debilidad, o sí, pero también elasticidad, y esta dureza, ojalá que no, una promesa de crujido.

—Oye, ¿es verdad que Ofelia es hija de José Ángel?

—¿Qué dices?

—Yo también he oído algo.

—No creo.

—Por cierto, Hamlet, cuéntales lo de tu padre.

—¿Eh?

—Diles por qué se hizo actor.

—Pues eso, que mi padre, conscientemente, nunca fue actor.

—¿Tu padre?

—Sí.

—Un momento, un momento. ¿Seguro que hablamos de tu padre?